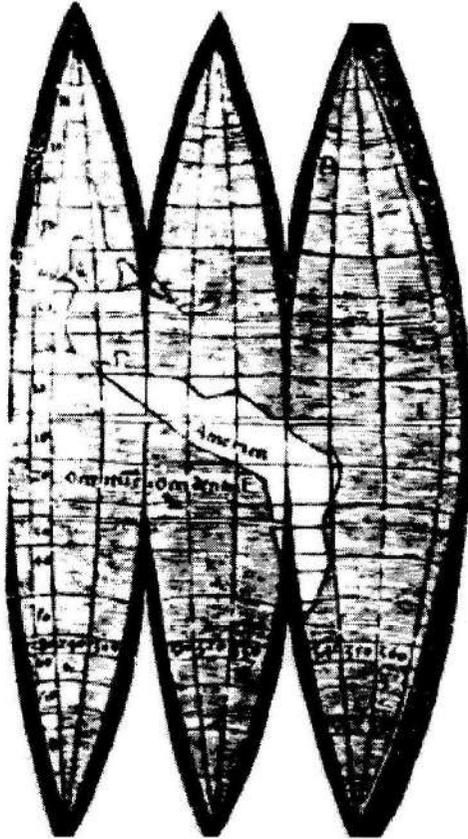


IDENTIDAD E INTEGRACIÓN EN AMÉRICA

Ricardo Alberto Rivas



Mapa de Martín Waldseemüller, 1507

Introducción

La importancia de la cuestión cultural en el proceso de integración ha quedado demostrada en diversos encuentros académicos y en otros ámbitos, tal como el *Congreso Internacional de Ciencias Jurídicas y Sociales en Integración Regional*, organizado por el Instituto de Integración Latinoamericana de la Universidad Nacional de La Plata, entre el 29 y el 31 de octubre de 1997, que incluyó el tema *Integración e Identidad Nacional y Regional*. Es razonable que su tratamiento, tenga una presencia infaltable en la agenda de todo debate sobre integración latinoamericana en general y mercosureña en particular, siendo necesario que se habiliten espacios específicos para la reflexión sobre el tema, como es este simposio organizado por la Universidad de Sao Paulo, pues no siempre las propuestas institucionales lo contemplan cabalmente.

En efecto, es sabido que el Protocolo de Integración Cultural del MERCOSUR, aprobado el 17 de diciembre de 1996, no ha logrado cambiar sustancialmente la idea preponderantemente preservacionista de la problemática cultural, en detrimento de aspectos de gran significación para la integración, como la cuestión de la identidad y las imágenes recíprocas que se han difundido, no siendo de menor importancia en esto el rol de los historiadores. En este artículo trato de señalar someramente ese rol y esbozar algunas ideas sobre la correspondencia entre las identidades nacional y regional; analizo brevemente la conformación de la visión del "otro" con un ejemplo historiográfico entre Argentina y Venezuela, concluyendo finalmente con un comentario referido a los países del MERCOSUR.

Conviene aclarar que no se trata de identidad étnica, sino de nacionalidad, cuya implicancia política la relaciona con el Estado que, al crear naciones, se justifica difundiendo como “falsa conciencia”, una etnicidad originaria.

La cuestión de la identidad en la nación y la región americana

La integración latinoamericana y la cuestión de la doble identidad, emanada de la simultánea pertenencia a la “nación” y a la “región” son temas que —juntos o separados— se debaten desde filiaciones teóricas y enfoques disciplinares diversos, al punto que algunos conceptos tengan usos distintos; no sólo porque cambian su sentido según el contexto histórico, sino porque las respectivas perspectivas presuponen una significación propia¹.

Al referirse a una parte de América, el término “región” adquirió un nuevo significado, ya que se trata más de una supuesta homogeneidad cultural que geográfica en sentido estricto; y en cuanto a su especificación como “latina”, el atributo tiene una extensión mucho mayor que el de la latinidad, pues en el caso latinoamericano se trata de una construcción histórica particular, haciendo que en sí misma la palabra resulte “ambigua”². Sin embargo, su determinación como espacio regional y el nombre asignado pueden tener un adecuado significado simbólico, consecuencia de algún modo de imaginar una forma de identidad que, en este caso, incluye a un conjunto de países americanos y excluye a otros.

Sin analizar ahora los itinerarios de estos y demás vocablos cercanos al tema ni su pertinencia semántica, los términos *identidad*, *región*, *nación*, *cultura* tienen aquí una acepción estándar que pretende ser precisa. En efecto, el concepto de *identidad* está referido a los atributos de un grupo humano cuya comunidad cultural le permite autodiferenciarse de otros a partir de un particular sentimiento de pertenencia; el de *región* a un espacio geográfico culturalmente delimitado como es América Latina; con *nación* se consigna una particularidad cultural organizada estatalmente y con *cultura* a la manera en que una sociedad integra históricamente el conjunto de

relaciones que le son propias, tanto con la naturaleza como entre sus integrantes.

En términos generales, el tema tiene como contexto necesario el proceso de conformación del Estado nacional en América Latina y la visión que del “otro” se construyó desde ese Estado en el siglo pasado, ya que el sistema de lealtades nacionales se reafirmó, muchas veces, en total detrimento de alguna forma de solidaridad continental. En algunas ocasiones, esto se manifestó en el desinterés o boicot a iniciativas americanistas, como los conocidos *Congresos Americanos* convocados en el siglo pasado dentro de la tradición bolivariana; en otras, en conflictos bélicos que incluso, involucraron en alianza a más de dos contendientes latinoamericanos.

La percepción de “sí mismo” y su diferenciación con el “otro”, a partir de comunes atributos conformadores de la “Patria”, se basa en un complejo sistema de ideas cuya organización, en manos de intelectuales, es parte del accionar del Estado, como ha dicho Alberto Plá al referirse a la relación entre los intelectuales orgánicos y el Estado³. Entre esos intelectuales se destacan quienes realizaron una labor historiográfica tendiente a afianzar símbolos de la nacionalidad fundada en una identidad étnica, cuyos rastros para algunos llegaba hasta el pasado prehispánico y para otros se había conformado en los tres siglos de relación colonial. En uno u otro caso, los intelectuales (historiadores) coadyuvaron a afianzar la imagen de una nacionalidad consensual y funcional al Estado.

Existe una similitud, sólo similitud insisto, entre los mecanismos que operan en la formalización del sentimiento de pertenencia a la nación y los de la región; pues si bien en ambos rigen los argumentos que sustentan a toda nacionalidad como grupo humano culturalmente diferenciado de otro, su aplicación afecta a realidades distintas. Efectivamente, en el primer caso se trata de un ámbito propio del Estado que, a la vez que plasma los símbolos que representan a la nación, se consolida como entidad política en el seno de la sociedad civil cuyas condiciones de existencia reproduce. En cuanto a la región, por un lado, el sentimiento de pertenencia expresa un grado de

homogeneidad cultural menor y, por el otro, el máximo nivel de decisión política transnacional está lejos de tener una jerarquía semejante a la del Estado nacional.

De allí que los Estados nacionales tengan un rol significativo en la creación de condiciones que facilitan la integración y potencian las afinidades culturales que la hacen viable o por el contrario, que resaltan diferencias nacionales hasta llegar al antagonismo o por lo menos a la indiferencia entre países latinoamericanos. Prueba de esto fue la manera en que esos países se integraron en el siglo pasado al mercado mundial distanciándose entre sí, haciendo de cada frontera un lugar potencial de conflicto y obstaculizando las aisladas iniciativas integracionistas.

La ideología dominante se impone como una forma de la conciencia social, aunque hay intelectuales que piensan la cuestión de la nación y de la identidad latinoamericana desde otra perspectiva. En gran medida, estos intelectuales producen mensajes propios del conflicto ideológico más que alternativas viables al pensamiento hegemónico, pero demuestran que la cuestión de la identidad latinoamericana —al igual que la identidad nacional— no es patrimonio exclusivo de los actores sociales hegemónicos, pues se trata de una construcción histórica en la que participan otros sujetos, así sea en condición subalterna.

En el tiempo, las naciones latinoamericanas han mutado la percepción sobre sí mismas y más aún, han cambiado la visión sobre el “otro”, sea hacia los restantes países aisladamente o hacia el conjunto americano, pero ciertos símbolos de la identidad latinoamericana se han conservado asombrosamente como expresión militante de resistencia ante el expansionismo de potencias europeas y de Estados Unidos⁴.

Pese a todo, las imágenes que prevalecen son aquellas emanadas de la acción estatal a través de factores cohesionantes del orden social como la propaganda y la educación, cuya tarea de socialización se sustenta en la difusión de valores supuestamente propios de la identidad nacional y eventualmente regional, en este caso latinoamericana.

Identidad latinoamericana

Así como la territorialidad estatal demuestra de manera poco dudosa la delimitación de cada identidad nacional, América también requiere para su delimitación espacial y cultural un grado de identidad específica que excluya lo que considera externo. Esa exterioridad puede ser el resto del mundo no americano, cuando incluye los Estados Unidos en sus diversas versiones panamericanistas actualmente expresada en la OEA, o puede referirse a América Latina y en este caso el excluido más emblemático es Estados Unidos.

Aunque los precedentes históricos son de vieja data, en sentido estricto el sentimiento de pertenencia a una comunidad latinoamericana se conformó a partir de las últimas décadas del siglo pasado, siendo espacial y temporalmente un proceso de desarrollo desigual; en el espacio, pues algunos países lo sostuvieron con mayor énfasis; en el tiempo, ya que hubo momentos más o menos propicios que otros⁵.

La identidad iberoamericana precede a la nacional, pero la identidad latinoamericana es posterior. En efecto, el ser americano era el sentimiento de origen colonial prevaleciente hasta la inmediata postindependencia, en detrimento de una identidad nacional que tardaba en constituirse; en tanto que, como veremos, el ser latinoamericano es de más reciente data y para nada supone la existencia de una nación latinoamericana, como se ha sustentado desde formulaciones militantes.

En efecto, la integración latinoamericana o el simple sentimiento de pertenencia no significa rehacer ninguna “patria” latinoamericana “balcanizada” por el impacto de la dependencia externa y la complicidad oligárquica, pues nunca existió una nación latinoamericana como construcción histórica.

Al consolidarse las naciones en la segunda mitad del siglo pasado, la pertenencia a América tenía un contenido meramente espacial más que cultural. La nación monopolizaba el conjunto de lealtades colectivas e individuales y los conflictos interamericanos agudizaban el nacionalismo.

No sólo Brasil se diferenciaba del resto de América, sino también los países hispanoamericanos se distanciaban entre sí, ya que la integración nacional constituía la prioridad de los nuevos Estados y ésta, sin duda, se alcanzó en detrimento de la integración regional y más aún continental.

Esta debilidad resultaba aún mayor ante el avance de proyectos hegemónicos sustentados en aparentes homogeneidades culturales sustentadoras de ciertas formas de identidad continental, tales como el panhispanismo, el panlatinismo y el panamericanismo, impulsados en cada caso por España, Francia y Estados Unidos, siendo este último el que generó la mayor y más diversificada resistencia.

Las élites no fueron indiferentes al pretendido expansionismo norteamericano de fines del siglo pasado, lo que explica que un intelectual orgánico de la Venezuela finisecular como César Zumeta, un burócrata del Estado argentino como Roque Saenz Peña o un monárquico como el paulista Eduardo Prado hayan manifestado una posición antinorteamericana sin ser necesariamente latinoamericanista en el sentido militante que años más tarde adquirió.

En realidad, el latinoamericanismo apenas comenzaba a vislumbrarse como expresión defensiva y no significaba aún una alternativa antimperialista, ya que la latinidad en su versión hegemónica francesa no se había disipado totalmente pese a la disolución del imperio de Napoleón III.

No obstante, un significado distinto comenzaba a perfilarse juntamente con la imposición de un nuevo nombre que, rescatando la latinidad, se diferenciara de los Estados Unidos y el resto del mundo, incluyendo las metrópolis latinas de Europa.

El apelativo *América Latina* logró imponerse hacia los años de la Primera Guerra, con antecedentes en la segunda mitad del siglo pasado, tal como ha demostrado en varios trabajos Arturo Ardao.

En efecto, según el mencionado autor uruguayo, José María Torres Caicedo —diplomático venezolano de origen colombiano— abordó la cuestión de la latinidad desde una perspectiva que, desligándose de la influencia francesa, dio origen a un concepto de

carácter regional, consignando en 1861 el nuevo nombre de América Latina⁶.

En su ensayo *Unión Latinoamericana* (1865) y otros publicados posteriormente hasta poco antes de su muerte (1889), propugnó la integración latinoamericana con expresa exclusión de Estados Unidos, siendo un vehemente opositor al panamericanismo impulsado por el Departamento de Estado.

La integración latinoamericana, en el pensamiento de Torres Caicedo, adquiría una nueva dimensión toda vez que formuló una teoría de la integración y propuso una fórmula para ser llevada a cabo. Si por un lado, sostuvo la necesidad de realizar una unión aduanera latinoamericana y organizar la defensa común, por el otro no descuidó cuestiones como la necesidad de uniformar la educación y reconocer una nacionalidad latinoamericana.

La cuestión del nombre no era una simple diferencia formal. Para Torres Caicedo, América Latina era una comunidad históricamente conformada y diferenciada; de allí que su integración dejaba en claro qué incluía y qué excluía.

El latinoamericanismo vaciado de la hegemonía francesa adquirió otro significado, particularmente a partir de la Primera Guerra, transformándose en una nueva forma de identidad, fuertemente ideologizada por el pensamiento progresista de la época; al que suscribían importantes núcleos intelectuales latinoamericanos.

Así entendido, el latinoamericanismo se define como una identidad diferenciada de los centros hegemónicos, alcanzando mayor o menor entidad radical según los casos y el momento histórico, siendo desde su origen en el siglo pasado una expresión de identidad y una propuesta de integración.

Cuando el intervencionismo norteamericano, el alicaído expansionismo español y el colonialismo francés pretendían ocultar sus intenciones bajo un manto de apariencia cultural, muchos intelectuales reaccionaron expresando públicamente su desconfianza, tal como se decía en una revista de Buenos Aires en 1927:

*“Contra nosotros se han inventado palabras temibles y largas. Norteamérica inventa lo del panamericanismo. Francia descubre lo del latinoamericanismo. España crea lo del hispanoamericanismo. Cada uno de estos términos oculta bajo una mala actitud, de concordia un afán no satisfecho de imperialismo.”*⁷

El panamericanismo impulsado desde los Estados Unidos generó resistencias de disímiles opciones ideológicas; sea desde la derecha católica y prohispanica, como la sostenida por el mexicano Carlos Pereyra —vehemente opositor al cardenismo revolucionario—, o desde nuevas propuestas como el indoamericanismo y el difundido latinoamericanismo que se desarrolló durante el período de entreguerras, entre cuyos exponentes se incluían Víctor Raúl Haya de la Torre, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Aníbal Ponce, José Ingenieros.

El derrotero para el reconocimiento del nombre abundó en obstáculos, pero los apelativos Hispanoamérica e Iberoamérica fueron reemplazándose paulatinamente por el de América Latina, generando resistencias que incluso, involucraron a la Real Academia de la Historia que consideró inadecuado reemplazar el nombre de América Hispánica por el de América Latina, aún cuando incluyera al Brasil⁸.

Sin embargo, la generalización del nombre continuó su marcha y en los años de la Segunda Guerra era ya de uso común, afianzándose la idea de que así se consigna una identidad latinoamericana en la que por un lado, cada Estado está contenido en una nacionalidad que le es propia y por el otro, constituyen en conjunto una “Región” diferenciada del resto del continente y por supuesto del mundo. En este sentido, el mayor reconocimiento de la comunidad internacional se produjo en 1948 al crearse en las Naciones Unidas la CEPAL, considerando a la región latinoamericana una parte diferenciada del resto de América.

Este reconocimiento no significa una homogeneización de la idea latinoamericanista pues —ya se dijo— los símbolos al respecto no parecen tener un sólo dueño, sea cuando se impulsó en 1925 la creación en Buenos Aires de la Unión Latinoamericana, bajo inspiración de José Ingenieros, o cuando movimientos como los genéricamente

incluidos en el llamado “guevarismo”, concebían el latinoamericanismo como consigna revolucionaria. Estos y otros ejemplos indican una sorprendente vigorosidad del latinoamericanismo como símbolo superador que, con mayor o menor énfasis, incluye la denuncia de una supuesta complicidad de los gobiernos nacionales con la potencia dominante.

En general, la integración latinoamericana se construye dentro de lo que se considera la tradición bolivariana, en el marco de un latinoamericanismo con raíces defensivas, frente a reales o supuestos peligros externos como sucedió desde el siglo pasado; o de alternativas para el desarrollo económico y social, como se sustenta en las últimas décadas.

En uno u otro caso se invoca el sentimiento de pertenencia a la región que resulta ser condición necesaria, más aún cuando se trata de países que sostuvieron rivalidades en el pasado y cuando la conformación de las naciones se realizó más como diferenciación entre sí que con sus antiguas metrópolis⁹.

Los diagnósticos sobre las condiciones del subdesarrollo y las propuestas superadoras, basadas en el mito industrialista del pensamiento de la década del sesenta, impulsaron políticas homogéneas para la “región”, considerándose casi imprescindibles las transformaciones estructurales que, entre otras, incluía la integración económica latinoamericana.

En la inmediata posguerra, la institucionalización de dos formas de identidad, esto es la latinoamericana expresada en la CEPAL y la panamericana institucionalizada en la OEA, no parecían ser antagónicas más que en grado menor, pues ambas se compatibilizaban, en última instancia, con la estrategia de guerra fría que se iniciaba entonces.

En consecuencia, aunque la integración de América Latina y el supuesto de identidad correspondiente no tienen significación universal ni se trata solamente de propuestas “oficiales”, la integración latinoamericana como proceso mediante el cual se amplía el mercado como espacio económico tiene necesariamente ese carácter. Se integran

mercados nacionales en los cuales rige la soberanía de cada nación. Si la integración de mercados nacionales supone que cada nación cede parte de su soberanía nacional en favor de una instancia supranacional, es obvio que se trata de una tarea de los Estados involucrados.

Sin embargo, aún en este caso, las políticas a aplicar no son únicas. Entre el ajuste neoliberal y las políticas de asistencia social anterior a los años setenta existen matices que son de capital importancia para definir un proceso de integración, ya que éste podrá beneficiar solamente al capital transnacional o alternativamente, siquiera en parte, mejorar las condiciones de vida de los grupos sociales más excluidos del sistema.

En su lugar, la integración puede tener dos objetivos alternativos. Uno, alentar la cooperación y la paz entre naciones cuyo campo común de intereses puede llegar a la postulación de transformaciones globales más o menos profundas; otro, solamente ampliar el mercado con la finalidad alcanzar mejores condiciones para la realización de las ganancias en las condiciones propias de la actual globalización¹⁰.

La CEPAL se ocupó desde su creación de los problemas del comercio exterior y el desarrollo latinoamericano, y en 1951 inició los estudios para la integración centroamericana, pero el tema en cuestión recién comenzaba a plantearse a nivel mundial, siendo a comienzos de la década del sesenta cuando en América Latina quedó instalado el debate en la mesa de discusiones teóricas y prácticas¹¹.

En los esquemas integracionistas diseñados a partir de entonces, la cuestión cultural no ha estado totalmente ausente, pero ha sido por lo general un tema de menor significación relativa frente a los demás problemas de la integración.

La cuestión de la cultura en relación a los problemas vinculados a la identidad nacional es quizá un tema primordial si se atiende que necesariamente ha de consolidarse una identidad regional. Cultura y Nación tienen en consecuencia, una centralidad insoslayable.

Identities nacionales

Con respecto a la nación, ya se dijo, la referencia es a aquella que se expresa orgánicamente en el Estado y cuyos atributos se modifican históricamente en el tiempo, al igual que el significado del concepto mismo.

Los historiadores del siglo pasado difundieron la imagen de que con la independencia se daba nacimiento a naciones soberanas, lo cual indicaría la existencia de un sentimiento de pertenencia relativamente desarrollado basado en una identidad étnica originaria.

Actualmente el autor británico Benedict Anderson ha analizado el surgimiento de los estados nacionales en América (Estados Unidos, Brasil e Hispanoamérica) sustentando que las naciones americanas preexistían a la independencia¹².

En realidad, producida la independencia en los Estados Unidos, la lealtad local prevaleció bastante tiempo sobre la nacional que estaba aún en construcción, tal como testimonialmente lo demuestra la historiografía de entonces¹³.

También para los países latinoamericanos esto ha sido descartado por la historiografía actualmente más consagrada, que prefiere la hipótesis contraria, tal como la han sostenido Carlos Real de Azúa (Uruguay), José Carlos Chiaramonte (Argentina), John V. Lombardi (Venezuela), Mario Góngora (Chile), José Murilo de Carvalho (Brasil) que, en términos generales, parecerían estar de acuerdo en que "las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés", como ha afirmado Eric Hobsbawm¹⁴.

Si se acepta esta versión historiográfica, el Estado antecedió a la Nación y en consecuencia, no existía ni como imagen ni como realidad al momento de producirse la independencia. Si bien la afirmación es contundente y convincente, las consecuencias de esta hipótesis pueden dar lugar a interpretaciones que resultan por lo menos discutibles.

Me refiero a aquellos historiadores que explican la independencia como el efecto de la disolución de los imperios ibéricos,

más que como una lucha anticolonial sostenida en contradicciones propias de la sociedad colonial y en la relación con la metrópoli¹⁵.

El agravamiento lógico de la situación creada por la ocupación francesa, es un hecho desencadenante de primordial significación, es verdad, pero no resulta consistente para descartar los argumentos que sustentan la situación de un orden colonial en crisis, por lo menos desde fines del siglo XVIII, cuando las tensiones sociales eran percibidas como anticipo de futuras revueltas independentistas por muchos funcionarios realistas y no pocos representantes de la élite criolla manifestaban de manera inicialmente tímida, sus diferencias con el orden colonial.

Indudablemente, las metrópolis que perdieron sus colonias americanas entre 1804 y 1825 se encontraban en situación crítica al desarrollarse el movimiento independentista. Francia, con su Revolución y el ascenso de Napoleón perdía a su rica colonia que en 1804 tomaría el nombre de Haití, luego de luchas sociales que constituyen una singularidad notable; Portugal, al ser invadida por Napoleón instalaría su corte en Río de Janeiro, creándose las condiciones para que sin guerra se llevara a cabo la independencia de Brasil en 1822; España, igualmente sometida a Francia desde 1808, no lograría mantener sus colonias, emancipadas en el marco de una larga y destructiva guerra, conservando solamente Cuba y Puerto Rico hasta 1898.

Pero la independencia no se explica simplemente por las dificultades metropolitanas. De hecho, esas metrópolis habían soportado crisis de diverso tipo con anterioridad, sin que la ruptura del pacto colonial se anunciara con viabilidad inmediata, pues aquellas condiciones de adversidad metropolitana no habían estado acompañadas de intencionalidad anticolonial en la sociedad latinoamericana. Esta se fue desarrollando en un largo período, entre fines del siglo XVIII y el propio proceso independentista.

Se trataba de un grado de conciencia anticolonial con ausencia de identidad nacional. Es decir, no impulsó luchas de liberación nacional por el simple hecho de que no existían esas naciones. Peruanos,

rioplatenses, venezolanos, mexicanos, chilenos, etc, tomaban el apelativo de su pertenencia local más que de una identidad nacional, pues la identidad en todo caso, se sustentaba en ser americano, *español-americano*, como entonces se decía.

El Estado antecede a la nación, pero la interacción de ambos es propia de la dialéctica histórica del proceso de desarrollo capitalista latinoamericano a partir de mediados del siglo pasado. En consecuencia, la conformación de las nuevas naciones no resultó del paso inmediato a la independencia, sino de la transición de la relación colonial a la capitalista y ésta —como se sabe— se completó una vez desmantelada la mayoría de los obstáculos residuales de la Colonia (tributos, estancos, esclavitud, corporaciones), garantizado el control del recurso tierra y con él el de la mano de obra, garantía que sólo podía dar un Estado medianamente consolidado que contara además de la fuerza, con un sentimiento cultural de pertenencia consistente que viabilizara el paso de la solidaridad local o provinciana a la nacional.

En definitiva, las naciones fueron producto del Estado que se configuró en el período de transición al capitalismo coadyuvando a completar el proceso de acumulación originaria y para ello debió contar con la consagración de algunas formas de la conciencia social entre las que se incluye el nacionalismo.

Argentina, Venezuela y el uso de la historia

En la medida en que fueron constituyéndose las naciones, la cultura se desarrolló en una dimensión nacional, siendo un aspecto distintivo para reafirmar la existencia de esa sociedad y su relación con el exterior a ella, con el “otro”. Ese “otro” podía, aunque con matices, referirse a “naciones hermanas” como son los países hispanoamericanos y más aún cuando la condición de parentesco es menos cercano, como entre éstos y Brasil o Haití.

Incluso países alejados geográficamente, sin espacios en disputa y compartiendo un mito originario semejante delimitaron sus respectivas identidades, tarea en la que —ya se dijo— los intelectuales tuvieron un rol destacado.

Al respecto un ejemplo paradigmático puede ser el de Argentina y Venezuela, dos naciones que en el pasado concentraron el protagonismo de la independencia hispanoamericana con las figuras de San Martín y Bolívar.

Ambos países no tuvieron conflictos entre sí luego de su consolidación como naciones independientes, habiendo mantenido una relación amistosa con escasas y transitorias dificultades diplomáticas. Además de que recíprocamente han sido refugio solidario para el exilio político (el caso argentino durante la Dictadura Militar 1976-1983 es un ejemplo) y que la historia de las relaciones internacionales registra un tema clave que los involucra a ambos, como es la conocida Doctrina Drago, los historiadores de ambos países han encontrado analogías entre ambas historias nacionales desde los orígenes mismos de las nacionalidades respectivas, en temas tales como independencia, caudillismo, federalismo, feudalismo, modernización, intervenciones extranjeras, unión americana¹⁶.

No obstante, el debate historiográfico sobre dos mitos indiscutibles de la nacionalidad como son Bolívar y San Martín expresa —dentro del conjunto de analogías aceptadas—, una diferencia que afecta precisamente a dos símbolos de mayor significación, tal como lo dejó establecido Bartolomé Mitre para el caso argentino.

En efecto, las primeras versiones sobre el origen de ambas naciones que perduraron en el tiempo, alcanzando cada cual estatus de “historia oficial”, se debe a Rafael María Baralt¹⁷ y Bartolomé Mitre¹⁸, dos autores que fueron considerados luego fundadores de las respectivas tradiciones historiográficas nacionales, con coincidencias interpretativas básicas y con divergencias que indican diferencias de fondo.

Por ejemplo, Rafael María Baralt narraba que el 19 de abril de 1810 Caracas había enviado emisarios a las provincias para “convidarlas a la unión”; en tanto Mitre afirmaba que luego del 25 de mayo se alcanzaba la emancipación “invitando a los pueblos a seguir el ejemplo de Buenos Aires”¹⁹.

Mitre, registró estas coincidencias y otras apreciaciones positivas, pero sutilmente cuestionaba a Bolívar, precisamente el

símbolo de la nacionalidad venezolana. Mientras por una parte elevaba a Bolívar al pedestal junto a San Martín, como héroes de la independencia sudamericana; por la otra, publicaba la famosa Carta de San Martín a Bolívar —de dudosa autenticidad—, en la que dirigía críticas al libertador venezolano luego del encuentro de Guayaquil²⁰. Con igual fin descalificó duramente a Felipe Larrazábal, el autor venezolano de *Vida del libertador Simón Bolívar* publicada en dos volúmenes en 1865 y 1875, a quien consideró un «malísimo escritor», «vulgar» y sin dotes de historiador²¹.

Otro de los hechos que llama la atención sobre el mismo tema es la relación de la élite argentina con José Antonio Páez, quien residió en la Argentina entre 1868 y 1871, es decir entre el tramo final de la Presidencia de Mitre y los primeros años de la de Sarmiento.

Páez tuvo un recibimiento muy especial y obtuvo del Congreso un reconocimiento oficial como militar de la independencia americana por iniciativa de Sarmiento, —ya Presidente— con apoyo de Mitre —ahora Senador—²². Lo que llama la atención es que Páez, émulo de Bolívar y creador de Venezuela por haberla separado de la Gran Colombia, no alcanzó a ser incorporado a la mitología nacional, pues el enfrentamiento con Bolívar primero y las derrotas militares en las guerras civiles después opacaron su protagonismo en la lucha por la independencia, por lo menos para ser merecedor de constituir parte del culto patrio venezolano. No obstante, alcanzaba un reconocimiento de real envergadura por parte del Estado argentino, del cual no era ajeno Mitre.

El ejemplo no es privativo del caso argentino ya que en general, los fundadores de historiografías nacionales resaltaron identidades como intelectuales orgánicos, tales como José Manuel Restrepo (*Historia de la Revolución de la República de Colombia*, 1858), Lucas Alamán (*Historia de México*, 1849-1852), Francisco Bauzá (*Historia de la dominación española en el Uruguay*, 1881), Diego Barros Arana (*Historia general de Chile*, 1884-1902), Francisco Adolfo Varnhagen (*Historia geral do Brasil*, 1854-1857) y otros, incluyendo a Baralt y Mitre ya mencionados.

Los países del MERCOSUR

Con anclaje en los argumentos anteriores, me referiré muy brevemente a la cuestión dentro de un espacio “subregional” como es el MERCOSUR, creado por el Tratado de Asunción en 1991. Los cuatro países firmantes han tenido alternativamente momentos de acercamiento amistoso y otros de rivalidad, no faltando incluso confrontaciones bélicas de gran significación, así como intromisiones recíprocas en las guerras civiles que precedieron a la organización nacional.

Argentina tuvo relaciones conflictivas en el origen de dos de ellos, pues —con matices— Uruguay y Paraguay fueron considerados secesiones de una nación argentina que los hubiese contenido; con Brasil mantuvo una guerra de considerable alcance y con Paraguay aliada a los dos restantes, una conflagración que la historiografía paraguaya considera una inflexión histórica. Paradójicamente, con este país mantuvo gestos diplomáticos de otra naturaleza, encarnados en gestiones que Carlos Calvo y Carlos Saavedra Lamas realizaron ante importantes diferendos, uno en el siglo pasado y otro en el actual²³.

La relación entre los aliados tampoco era idílica y no sólo por cuestiones de este conflicto sino por precedentes de más antigua data, prácticamente desde que conformaron su propia imagen del otro.

La identidad del brasileño, tal como la élite lo expresaba a través de Varnhagen, se constituía de un conjunto de exclusiones; no descendía de la barbarie indígena ni del negro y la continuidad entre colonia e imperio daba lugar al reconocimiento de una etnia portuguesa incuestionable; por el otro, el imperio se diferenciaba del resto de los países americanos, cuyas repúblicas inestables se le presentaban como un caos²⁴.

La diferenciación con el resto de América, tan notable durante el siglo pasado fue menguando, tal como lo demuestra un sentimiento de pertenencia al conjunto americano que la historiografía se esforzó en potenciar con el advenimiento de la República.

Al conmemorarse el Centenario de la Independencia, el Instituto Histórico y Geográfico organizó el *Congreso Internacional de*

Historia da America que tenía un carácter panamericanista, aunque tuvo también otro significado al facilitar el acercamiento entre naciones latinoamericanas en general y en particular entre Argentina y Brasil, cuyas respectivas tradiciones historiográficas tradicionalmente los había distanciado.

En efecto, la educación, que el Estado argentino promovía desde la década del 80, se sustentaba en dos asignaturas escolares fundamentales para nacionalizar la sociedad: Instrucción Cívica e Historia Patria. Con la educación y otros medios de socialización se propagaba el conjunto de símbolos adecuados a ciertas pautas ciudadanas, incluyendo entre tantos, la cuestión del origen de la nación bajo la indiscutible autoridad de la Historia. Al respecto, en el Prefacio de *El Ciudadano Argentino*, se alertaba que...

“...el desenvolvimiento gradual de la enseñanza de la Instrucción Cívica debe encadenarse con conversaciones sobre hechos de nuestra historia, porque no es posible aislar estas dos materias gemelas...”²⁵

Las estampas patriotas abundaban en los textos escolares, con referencia en su mayor parte a la gesta independentista y a los conflictos civiles, pero sin faltar referencias a las guerras con Brasil primero y con Paraguay después.

Un nieto del Comandante Espora, participante de la guerra con Brasil, comentaba en un breve texto varias anécdotas propias de la «historia patria», comenzando con una referencia a esa guerra. La imagen deliberadamente peyorativa del brasileño en general, al describir un combate entre fuerzas navales se potenciaba en particular, al incluir en su narración la actitud supuestamente soberbia de un residente de ese país, que provocaba el furor popular; la anécdota, impregnada de una xenofobia primitiva, pretendía enaltecer el sentimiento nacional²⁶.

Si bien este ejemplo es extremo, en general las historiografías nacionales no favorecían el entendimiento entre ambos países y se hacía necesario modificar imágenes recíprocas adversas, firmándose en 1933 un convenio entre ambas Cancillerías para revisar los textos de historia y geografía, cuando la rivalidad parecía ceder en forma definitiva.

También los otros socios del Tratado se diferenciaron fuertemente, ya que Paraguay y Uruguay habían estado incorporados en distintos momentos a Argentina y Brasil. En efecto, la independencia de ambas naciones debía basarse en el propio pasado de cada una y en considerar todo intento de integración como “anexionismo”.

Es así que Uruguay modelaba su identidad como la describía Francisco Bauzá en *Historia de la dominación española en el Uruguay* (1881), que esbozaba una tesis de la Independencia de “todo yugo” fundada en la preexistencia de una nación enraizada en la Colonia; Paraguay lo hacía a través de afianzar su nacionalidad en el pasado guaraníico colonial rechazando cualquier intento “anexionista” como lo había garantizado la Dictadura de José Gaspar de Francia, según afirmaba Blas Garay en su *Compendio elemental de Historia del Paraguay* (1897).

Como hemos visto, la construcción de identidades nacionales no ha favorecido el afianzamiento de la una identidad latinoamericana; si en esto la responsabilidad de los historiadores no es absoluta, los involucra su rol como intelectuales orgánicos. Sin embargo, otro rol también es posible.

No se trata de cambiar la interpretación histórica para adecuarla al momento; sino de encarar su investigación alertados de los condicionamientos que los nacionalismos han impuesto, muchas veces en detrimento del conocimiento científico. Para ello, las iniciativas culturales previstas en el ámbito del MERCOSUR pueden resultar pertinentes, aunque por ahora parezcan insuficientes.

Al respecto, se crearon instancias tales como el Plan Trienal de Educación para la formación de una conciencia favorable a la integración; la Reunión de Ministros de Cultura para promover la difusión de los valores culturales propios de los países miembros; el Protocolo de Integración Cultural del MERCOSUR, en el cual se considera necesario asegurar la cultura regional respetando la diversidad cultural. También otros ámbitos amplían las condiciones para la presentación de alternativas superadoras, como la iniciativa de las Universidades conocida como Grupo de Montevideo²⁷.

Reconocer que no existe una sola manera de concebir la integración supone la viabilidad de elaborar propuestas alternativas; de no ser así, nuestro debate puede parecer estéril. Asimismo, discutir la cuestión de las identidades en el marco de la acción estatal contribuye a explicar las razones que potenciaran diferencias más allá de reales o supuestas particularidades étnicas; de lo contrario, se estaría negando su historicidad.

Las cuestiones referidas a la identidad, cualquier forma de identidad, deben ser tratadas sin prejuicios nacionalistas ni de ninguna naturaleza, pero sí en función de ciertos objetivos sociales. De nada valdrá que se sustente una identidad regional en pro de la integración, si los objetivos se limitan a aumentar la eficiencia y la competitividad internacional sin un mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

En la “subregión” se desarrollan nuevas formas de identidad y solidaridad en la conciencia de importantes sectores de la sociedad, como lo demuestran algunas experiencias recientes de resistencia social, pero es innegable que los proyectos hegemónicos son los oficiales y éstos están orientados por las políticas de ajuste neoliberal que los Gobiernos nacionales están implementando, con algunas leves diferencias entre sí.

Sin embargo, no es esa la única alternativa y es posible generar otras propuestas; sea desde núcleos de resistencia social, entidades académicas, partidos políticos, etc; como también en los propios órganos del Tratado, de tal modo que el MERCOSUR no tenga como única opción el actual modelo de desarrollo.

Notas y bibliohemerografía

¹ La bibliografía es abrumadora sobre ambos temas. De manera simplificada, para el primero remito a las publicaciones del Instituto de Integración Latinoamericana de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, en particular *Aportes para la Integración Latinoamericana*. Sobre el segundo, a la bibliografía consignada en mis trabajos “El origen de la nación y los historiadores”. *Cuadernos del CISH*.

- Centro de Investigaciones Socio Históricas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Primer semestre de 1996. Pág. 52 a 67 y “El modelo norteamericano de federalismo en la historiografía latinoamericana del siglo XIX”, en *Red Intercatedras de Historia de América*. Impreso por el CINAP. Buenos Aires, 1997. Pág.107-115.
- ² Ruggiero Romano. “Algunas consideraciones alrededor de nación, estado (y libertad)”, en Roberto Blancarte (compilador) *Cultura e identidad nacional*. Fondo de Cultura Económica. México, 1994. Pág.21-43.
- ³ Alberto Pla. “Los intelectuales y el Estado”, en *Anuario* Nro 16. Segunda época. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, 1993-1994. Pág.81-88.
- ⁴ Cf. Ricaurte Soler. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*. Siglo XXI. México, 1980. También Leopoldo Zea (Compilador)-*América Latina en sus ideas*. Siglo XXI. México, 1986. Especialmente los trabajos de Arturo Ardao, Juan A. Oddone, Carlos Bosch García, Carlos Real de Azúa y Roberto Fernández Retamar.
- ⁵ En el primer sentido, el ejemplo de Venezuela ha sido resaltado por los mismos venezolanos que se consideran herederos del americanismo de raíz bolivariana, al punto que en la Constitución de 1961 se establece que “la República favorecerá la integración económica latinoamericana”. En relación al segundo, además de los momentos críticos ante peligros externos que impulsaron las reuniones americanas del siglo pasado, la integración latinoamericana como proyecto económico comenzó a contar con apoyo oficial nacional e internacional coincidentemente con la expansión mundial de la segunda postguerra.
- ⁶ Sobre la cuestión de la latinidad de América existe gran cantidad de publicaciones de distintas épocas. Cf. Arturo Ardao. “Uruguay y el nombre de América Latina”, en *Cuadernos de Marcha*. Segunda época. México. Nro. I, mayo-junio de 1979. Alberto Filippi-*Instituciones e ideologías de la independencia hispanoamericanas*, en particular el Capítulo VI “Las metamorfosis americanas de la Latinidad. Avatares históricos y políticos de un concepto ideológico”. Buenos Aires. Ed. Alianza, 1988. Pág. 289-307.
- ⁷ Pablo Rojas Paz. “Imperialismo baldío”, en *Martín Fierro*. Segunda época. Buenos Aires. Año IV nro. 42. Junio-Julio de 1927. Pág 6.
- ⁸ En el I Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericano organizado por la Real Academia de la Historia y la Real Sociedad Geográfica en 1914, se alertó sobre el uso del nombre de América Latina y en el II Congreso realizado en 1921 se resolvió rechazar esa denominación. Cf. *II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericano*. Actas y Memorias. Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés. Madrid, 1921. Pág. 168. También la ponencia de Ramón Monjarrés, “La denominación de América Latina”, en pág. 349-355.
- ⁹ En efecto, la imagen antihispánica más recalcitrante del primer momento dio paso a una interpretación que reconocía la formación de la nacionalidad en el período colonial. La historiografía de la segunda mitad del siglo pasado trazó esta imagen cuando los Estados nacionales habían alcanzado un cierto grado de consolidación y el jacobinismo revolucionario merecía ser menos recordado.
- ¹⁰ Cf. Noemí Mellado. “El modelo del MERCOSUR”, en *Aportes para la Integración Latinoamericana*. Diciembre de 1995. Instituto de Integración latinoamericana. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional de La Plata. Pág. 7-46.
- ¹¹ Para una percepción del estado de la cuestión a comienzos de los sesenta resulta de gran interés la compilación realizada por Miguel S. Wionczek, *Integración de la América Latina*. F.C.E. México, 1964.
- ¹² Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. Eduardo L. Suárez. Fondo de Cultura Económica. México, 1993. (La primera edición en inglés, 1983). Ver particularmente pág.77-101.
- ¹³ Richard Hofstadter. *Los historiadores progresistas*. Ed Paidós. Trad. Eduardo J. Prieto. Buenos Aires, 1970. (Primera edición 1968). Pág. 24-25.
- ¹⁴ Eric J. Hobsbawn. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Trad. de Jordi Beltran. Editorial Crítica. Barcelona, 1991. Pág.18.
- ¹⁵ Cf. entre otros, a Francois Xavier Guerra. *Modernidad e independencia*. Mapfre. Madrid, 1992.
- ¹⁶ Actualmente dirijo una investigación historiográfica sobre esta cuestión, *La historia de Venezuela en la historiografía argentina anterior a 1940*, habiendo acordado con colegas de la Universidad de Los Andes (Venezuela) para que realicen un trabajo similar sobre el tratamiento de temas de la historia argentina.
- ¹⁷ Rafael María Baralt y Ramón Díaz. *Resumen de la Historia de Venezuela*. A. Bethencourt e hijos. Curazao, 1887. (Primera edición Paris, 1841).
- ¹⁸ Bartolomé Mitre. *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. 4 edición de 1887. Reproducida en la Colección de Historia de los Grandes Hombres Argentinos. Ed Jackson, Buenos Aires, sf.(Primera edición completa, 1876-1877). También, *Historia de San Martín y de la Revolución Sudamericana*, 2 edición de 1890. Reproducida en Idem. (Primera edición, 1887), que tiene un alcance continental del proceso independentista.
- ¹⁹ Rafael María Baralt y Ramón Díaz. Op cit. Tomo II. Pág.48-49. Bartolomé Mitre-*Historia de Belgrano ...* Op cit. Tomo I. Pág. 349.

Ricardo Alberto Rivas

Historiador argentino, fue profesor de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Actualmente se desempeña como profesor de la Universidad Nacional de La Plata.

- ²⁰ Bartolomé Mitre. *Historia de San Martín...Op cit.* Tomo V. Pág. 181-182. La Carta reproducida íntegramente en el Tomo VI. Pág. 447-449
- ²¹ Carta de Bartolomé Mitre a Diego Barros Arana del 20 de octubre de 1875. *Archivo del General Mitre. Correspondencia literaria, años 1859-1881.* Biblioteca de la Nación. Tomo XX. Pág. 48-78. Cita en pág.64.
- ²² Carlos Alfonzo Vaz. *Páez y Argentina.* Ediciones Presidencia de la República. Caracas, 1973.
- ²³ En el primer caso, me refiero a la circunstancia en que Carlos Calvo representó a Paraguay en un conflicto con Gran Bretaña, resuelto favorablemente luego de una importante gestión realizada en Europa en 1860. En el segundo, a un hecho más conocido como fue la intermediación de la Cancillería Argentina en la Guerra del Chaco. Cf Gonzalo Biggs-*La crisis de la deuda latinoamericana frente a los precedentes históricos.* Grupo Editor latinoamericano. Buenos Aires, 1987. Pág.75-76. También Demetrio Boersner-*Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia.* Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1982.
- ²⁴ Ilmar Rodhoff de Mattos. Um "país Novo". A Formacao de Identidade e a Visao da Argentina. *Seminario Argentina-Brasil y la Formación de la identidad Nacional: la Visión del otro.* Buenos Aires, 6 y 7 de mayo de 1997.
- ²⁵ Francisco Guerrini. *El ciudadano argentino. Nociones de Instrucción Cívica.* Aprobado como texto por el Consejo nacional de Educación y por el Consejo General de la Provincia de Buenos Aires. 4 edición. Talleres Solá Hnos. La Plata, 1895. (Primera edición, 1892). Pág. 7.
- ²⁶ Juan M. Espora. "Nao comeras mais pao", en *Episodios nacionales.* Casavalle Editor. Buenos Aires, 1886. Pág. 13-23.
- ²⁷ Con apoyo del presidente de Uruguay se creó el Grupo de Montevideo el 9-8-91 que además del interés en la investigación y desarrollo tecnológico, mencionó como prioridad la *Educación para la Integración.*

Resumen

En este artículo, el autor trata de esbozar algunas ideas sobre la correspondencia entre las identidades nacional y regional, sobre la conformación de la visión del "otro" y del papel jugado por los historiadores en dicho proceso.

Palabras Claves: Identidad, región, nación, cultura, integración, MERCOSUR

Abstract

In this paper, the author attempts to sketch some ideas on the correspondence between the national and regional identities, on the conformation of the vision of the "Other being", and the roll played by historians in such process.

Key Words: Identity, region, nation, culture, integration, MERCOSUR.